

el odio sectario que sueña y persigue la destrucción de las Congregaciones. ¿Habría acaso un solo religioso que pudiera absolver al gobierno que la ha promulgado?»

El diputado socialista Thivrier, que tanto hizo hablar de él y de cuyo fracaso en las elecciones para los Consejos generales di cuenta en mi carta de anteayer, ha fallecido repentinamente en Commentry (Allier). Debo consignar un detalle acerca de dicho sujeto: parece que la blusa que llevaba y que para la posteridad será el único hecho saliente de su vida, no constituía únicamente un «triunfo» en su juego de político de oficio, sino que le servía también para ocultar á sus contemporáneos un defecto físico muy visible que los periódicos de todos los partidos tuvieron la delicadeza de dejar ignorar mientras vivió.

Se anuncia el arresto en Laval (Mayenna) del diputado radical M. Compayré. En el momento de escribir esta carta no se tiene dato alguno acerca de los motivos de tan inesperada medida.—E.

LA CAMPANA Y EL PARA-RAYOS.

La tempestad avanza rugiendo entre la noche. Al primer soplo del huracan se estre- mece el valle en la oscuridad; y al fragor de la tormenta, cada vez mas cercano, empieza á responder allá arriba en la loma el trémulo son de la campana de la ermita.

A la luz de los relámpagos, mas intensa y frecuente por momentos, aparece en bre- ves intermitencias á media altura de la loma la blanca mansion del potentado remata- da por la negra varilla del para-rayos.

El temporal arrecia en la noche: la voz de la campana se hace mas insistente y las- timera como suplicando, mientras el para-rayos, mudo y erguido, parece disponerse á tremenda lucha.

Y sea fantasía del ánimo sobrecogido ó ilusion de los sentidos aguzados, diríase que entre los estruendos y confusos rumores de la tempestad, el hierro y el bronce comien- zan á hablarse de esta suerte:

—¿Callarás, callarás, maldita?—dice el para-rayos.—¿Persistirás eternamente en ese inveterado prurito que tantas vidas ha costado? ¿Ignoras las leyes de tu propio sonido, y no sabes que esa voz tuya, con la que neciamente pretendes ahuyentar todos los ma- les, abre un mas fácil camino al flúido devastador de la tormenta?

—¡Qué sé yo!—responde la campana. Ante la ira de los elementos, siento un impulso de orar, de pedir clemencia.....

—¡Inútil, pernicioso sentimentalismo! Yo conozco esos elementos, tengo calculadas sus leyes y sus fuerzas, y estoy hecho á medida para contrarrestarlas. Así, mi dueño puede contar conmigo; soy una defensa positiva.

—Eres la imagen del egoismo: defiendes un dueño, una casa..... Yo pido por todos; y en mi voz, oida en la comarca entera, vibran los temores y los anhelos del valle y de la montaña, los mas humildes é inconscientes como los mas reflexivos y fundamenta- dos..... ¡quién sabe si tambien los temores y los anhelos de tu mismo dueño, que revol- viéndose ahora inquieto en la oscuridad de su mullida cama, tal vez se siente irresisti- blemente ligado al terror colectivo, y ora como los demás por encima de su confianza en tí!.... ¡Nang..... nang..... nang!....

—Y ¿por qué no tendria mi dueño en mi una confianza absoluta? Mi construcción es perfecta: y á tanto puede llegar la perfección, que un día yo ó algun semejante mio podamos preservar comarcas enteras del rayo, de la tromba ó del pedrisco.....

—Nunca preservaréis á los hombres de la grave aprension de la muerte..... Estalla sobre el valle todo el espantoso furor de la tempestad deshecha: el para- rayos vacila rechinando en sus soportes, y el nang!..... nang!..... nang!..... de la cam- pana se hace supremamente angustioso y apremiante.

—Siento correr por mí—dice aquél—terribles estremecimientos que son al mismo tiempo un gran deleite. ¡Oh! ¡cómo lucho! ¡cómo trabajo!

—Y á mí un fervor sublime me embriaga.....

—¡Animo! ¡hermana mia! los instantes son supremos.

—¡Valor, hermano!

—¡Quisiera tener, como tú, una voz para entonar un himno á la tempestad. Tu te pones al acorde con su violencia, y hasta modulas..... y hasta me parece que hablas, gritas y sollozas. Mi trabajo y mi deleite no tienen verbo..... no penetran..... y en mo- mentos como éstos encuentro á faltar la simpatía del mundo.

—Tu conductor es una fria cadena de hierro: el mio son los músculos vivos y el an- gustiado corazón del ermitaño.

—Con toda mi perfección, me falta algo...

—Algo que con toda mi vaguedad yo tengo...

Y cada cual á su manera prosiguen la tremenda lucha en las tinieblas.

La tormenta comienza á ceder: las nubes son menos espesas, la oscuridad menos impenetrable; los relámpagos disminuyen en frecuencia y brillo, los truenos se debilitan y alejan, conviértese el aguacero en pausada lluvia.

Alborea. La campana lanza con fuerza su postrer conjuro á la tormenta.

—Oye—dice al para-rayos, mudo é inmóvil como un tizne de carbon en la atmósfera sonrosada—; tengo voz para todo: desvanecidos los terrores de la tempestad y de la noche, llevaré ahora la alegría al valle anunciando el día.

Y vibrante aun del postrer conjuro, hace sonar en la paz de la mañana la alegre salutación matutina: *nang... nang... nang... Ave Maria.*—J. Maragall.

FLORES ALIMENTICIAS.

Sin duda alguna los aficionados á las curiosidades gastronómicas habrán apreciado mucho la receta publicada poco ha, por un cocinero erudito y cosmopolita, sobre la ensalada de flores de crisántemas, ornamento de las mesas japonesas.

Con todo, semejante manjar no dejará de parecer extraño á muchos. ¡Imagínense ustedes! ¡Una ensalada de flores! ¿Por qué, pues, no se aderezan también de múltiples maneras las rosas y los claveles, las peonías y los iris ó los perfumados lirios blancos? Esto sería un gran recurso para las amas de casa económicas, toda vez que podrían utilizar los ramos en su decadencia.

En suma, ¿qué lo impide?

La cosa no es en sí tan baladí como podría creerse y hasta, si no estoy mal informado, quizá suceda que antes de mucho tiempo lo veamos realizado en cierto modo.

Parece ser que en la actualidad, así en Francia como en Inglaterra, se ha emprendido una verdadera cruzada para introducir en nuestra alimentación ordinaria, cierto número de flores, debiéndose la idea de hacernos *anthófagos* ó consumidores de flores á algunos botánicos londonenses.

Sin embargo, á despecho de nuestros vecinos de la otra parte del canal, que quisieran, por una vez al menos, tener fama de inventores, hace ya mucho tiempo que en la alimentación diaria y de todo el mundo se comen flores.

La *Anthofagia* se practica frecuentemente; pero así como M. Jourdain tocaba la flauta por casualidad, también de ordinario se es *anthófago* sin saberlo.

La prueba experimental de este aserto no es larga ni difícil de encontrar. Así por ejemplo, cuando mascamos las hojas de una alcachofa guisada ó saboreamos una coliflor al horno, comemos flores.

Las coles, y también la alcachofa, son por lo demás plantas muy á propósito para guisados y de verdadero recurso. Véase si no lo que debemos á la *Brassica oleracea*, ó sea la col vulgar, que las cocineras echan diariamente al puchero.

En estado silvestre, la mencionada *Brassica oleracea* es una planta rara, por lo menos en Francia, donde no se la encuentra, á no ser en las escarpadas é inaccesibles rocas gredosas del cabo Gris-Nez.

Para desarrollarse bien, necesita el aire del mar, los brumazones salados y fosfatados calcáreos.

Pero si el hombre toma bajo su tutela la mencionada planta, según la clase de cultivo que le aplica, produce la col ordinaria, ó el colinabo, la coliflor y hasta el colino.

La coliflor no es más que la inflorescencia del vegetal, cuando casi está en su completo desarrollo, y el colino, el botón floral, antes de llegar á su perfecta madurez.

Hay que añadir aun á esta lista de coliflores comestibles el *brócoli*, que es casi casi una variedad marítima y silvestre del *Brassica oleracea*, cuya inflorescencia es menos espesa que la de nuestra coliflor vulgar, igualmente comestible y no menos delicada.

En Holanda, así como también en Bretaña, se cultiva el brócoli en los *polders* (así se llaman en los Países Bajos los terrenos de aluvion para pastos que se han ganado al mar), y para asegurarle una existencia lo más aproximada posible á sus condiciones normales de crecimiento, los aldeanos de dicho país le hacen florecer proporcionándole un abono á la vez mineral y orgánico, por medio de los asteridos ó estrellas de mar, que recogen en grandes cantidades de las playas para ese objeto. Añadamos á lo referido ya que la cosecha de las inflorescencias de dicho vegetal se encierra de ordinario en pipas viejas, que han contenido vinos generosos de Francia, Borgoña ó Burdeos, lo cual les da un aroma especialmente fino y agradable y en estas condiciones se envía á Inglaterra, de donde nos le devuelven, apareciendo en nuestras mesas bajo la forma escitante de adobo al vinagre ó á la mostaza.

Esto, por lo que respecta á la col vulgar; en cuanto á la alcachofa, el *cynara scolymus* de los botánicos, tiene, como muchas otras de sus próximas hermanas, la propiedad de poseer un receptáculo floral carnoso y succulento, aparte de que á la vez su tronco es susceptible de figurar ventajosamente en los mejores banquetes, acompañado de la frase halagüeña de «tan bueno es el jago como la carne».

Por lo demás, las familias de las más diversas plantas proporcionan especies de flores comestibles. Hay la *Nymphaea lutea* ó nenúfar amarillo, cuyas flores abiertas, frescas y de perfume sutil y delicado, se emplean en el Este de Francia, para confec-